

# LOS OLMOS

El olivar comienza a despedirse del Bajo Aragón conforme dejamos el término de Los Olmos en dirección a Teruel. Aún quedan en este término partidas con presencia de olivar, aunque las fuertes heladas han limitado mucho su desarrollo. A lo largo de la historia existen diversos registros que atestiguan la existencia de numerosos episodios de fuertes heladas en el territorio. Quizás las que aún se recuerdan más vivamente por su proximidad en el tiempo y por las consecuencias que acarrearon, son las acaecidas en el invierno de 1937-1938, en plena Guerra Civil española y la de 1956, año que continúa siendo en la actualidad toda una referencia por sus repercusiones en la vida social y económica de todo el Bajo Aragón Histórico.



Durante el mes de Febrero de 1956 gran parte de nuestro país sufrió una intensa ola de frío siberiano de carácter extraordinario. Coincidendo con la celebración del día de la Candelera, el dos de Febrero, el territorio bajoaragonés comenzó a sufrir una sucesión de fuertes heladas que se alargarían prácticamente durante todo el mes, llegando a alcanzar en su máximo exponente los 14º bajo cero. Todo ello vino acompañado de un cierzo helador que acentuaba la sensación de frío. De hecho se considera la ola de frío más intensa que ha recibido el arco mediterráneo durante el siglo XX, tanto por su excepcional duración como por la intensidad de las heladas.

Los expertos consideran que las oliveras resultan afectadas cuando el termómetro baja de los ocho grados de manera continuada, algo que durante ese mes ocurrió en repetidas ocasiones de forma persistente. Esta situación provocó como consecuencia, la aparición de un panorama apocalíptico en el que las oliveras fueron transformando su habitual tonalidad verde en un color rojizo que modificó el paisaje, y que supuso, cuando fueron pasando las semanas, que los árboles perdieran las hojas y no rebrotaran. Muchos troncos y cimales de las grandes oliveras se abrieron y quebraron como consecuencia de las temperaturas, causando la muerte de muchos ejemplares.

Algunos de ellos fueron arrancados (no muchos, ya que la mecanización del campo era muy incipiente y apenas había algún tractor, por lo que esas faenas debían de realizarse a "sangre", es decir con caballerías y a fuerza bruta). Otros fueron cortados a ras de la zueca, permitiendo el desarrollo posterior de algunos pollizos con la intención de volver a formar el árbol. Debido a la magnitud de los daños, para realizar estas faenas se formaron grupos de trabajadores que se especializaron en cortar las oliveras dañadas y transformarlas en leña. Las tareas se realizaban con tronzador, y posteriormente con alguna de las incipientes motosierras, en el caso de la corta de troncos y cimales. Despues se abrían los fustes con mallos, tascones y astrales, convirtiéndose sus golpes en el sonido habitual que rompió el silencio de los campos bajoaragoneses durante un largo periodo de tiempo. Durante meses se hicieron un gran número de toneladas de madera con destino a los hogares, generando un negocio como consecuencia de la calamidad. En pocos años, se arrancaron centenares de hectáreas de olivar. En algunos casos en los que se estimaba que los árboles no estaban excesivamente afectados, se optó por escamotchar las oliveras para que rebrotara rama nueva, aunque el árbol tardó varios años en recuperarse.



